

CUENTO N° 236

TÍTULO: RAYO Y EL MALETÍN NEGRO

SEUDÓNIMO: ISOLDA

AUTORA: RITA IRENE DE LA FUENTE FAÚNDEZ

RAYO Y EL MALETIN NEGRO

Deambulaba pausadamente por las calles de la ciudad, sin prisa, rumiando sus penas, luego se encaminaba, al banco de la plaza que estaba frente a la catedral. Desde allí, miraba el ir y venir de aquella marea humana. Esta rutina la realizaba todos los días, bajo el sol, bajo la lluvia, con frío o calor. Nada era obstáculo para aquel solitario caminante.

Vestía chaqueta gris, un ancho pantalón de gabardina, de tono oscuro. A través de sus lentes ópticos dejaba ver unos ojos negros, de mirada serena, su pelo muy blanco caía suavemente sobre su frente. Aparentaba tener unos sesenta y tantos años. No pedía limosna, pero quienes le conocían, le daban algunas monedas que agradecía con una reverencia. Siempre acompañado de su fiel perro, un viejo labrador, que se echaba a sus pies, junto a un maletín negro.

Era conocido por todos. Algunos le traían comida a aquel noble guardián, cuidaba a su amo y a su viejo maletín como si en ello se le fuera la vida. Al caer la tarde, miraba el reloj de la catedral, se encaminaba a la hospedería que le cobijaba hacía ya varios años. Aceptaba sin quejarse lo que le ofrecían. Así, se fue ganando el cariño y el aprecio de todos. Algunos decían que era un rico que se había vuelto loco, que el maletín estaba lleno de dinero. Otros, que era un sabio, que de tanto estudiar había perdido la memoria y no se acordaba donde vivía. Si le preguntaban su nombre decía que se llamaba Juan Bernales, otras veces, José Soto.

-Este viejo está loco, no se acuerda ni de su nombre.

-A mí me da la idea que este Juan o José; o como se llame, algo oculta y lo tiene muy bien guardado en su famoso maletín negro. ¡Pero anda a quitárselo! El perro ni durmiendo se separa de él.

-Algún día sabremos que misterio encierra; volvió a intervenir Bartolomé.

Era el más joven del grupo, de gestos y movimientos de gato felino. A veces llegaba con algunas copas de más. Se jactaba de contar historias de cuando estuvo en la cárcel. Su paso por los bajos fondos le dejó una cicatriz cerca de la oreja, que según él le habían cortado.

-Pero si tienes la oreja donde mismo, le dijo un cierto día uno de ellos.

-No, si me la cortaron de un refilón... o mejor dicho... casi...

-Entonces tenías tres, le contestaron.

Desde ese día le apodaron "Tres Orejas".

Caía la noche, los asiduos asistentes de la hospedería estaban en amena plática cuando le vieron llegar. Saludó cortésmente a los allí presentes con una reverencia. Como siempre, se fue al baño, se lavó y esperó a que sirvieran la cena, tomó el plato de su perro y se lo fue a dejar a su caseta que le habían permitido construir con maderos que entre todos habían reunido. "Rayo" era uno más de la hospedería, tenía asegurada su merienda.

Todos conocían su rutina, pero nadie había logrado arrancarle una palabra de su solitaria existencia. Envolvía el maletín en una vieja frazada, la iba a dejar junto a su perro, miraba la televisión, generalmente el noticiario. Cruzaba algunas palabras con los que allí estaban, para luego dirigirse a su pieza.

Era una fresca mañana de septiembre, soplaba un frío vientecillo, se subió la solapa de su chaqueta y junto a su fiel perro, inicia su nuevo día. No miraba por

donde caminaba, sabía de memoria cada esquina, cada recodo del camino, eran seis años que sus pasos hacían lo mismo. Cada día era igual, tal vez más lento, ¿Era la rutina o eran los años los que le iban pesando? Pero no; él no quería o no se atrevía a pensarlo. El pensar lo volvería loco y él no quería estarlo, aunque muchos lo tildaron como tal, sabía que tenía que mantenerse activo. Se sentó en el mismo banco de siempre, hizo un ademán de saludo al lustrabotas que estaba un par de pasos más allá y como siempre, éste le pasó el diario. Se ajusta sus gruesos anteojos, comienza a hojearlo, se detiene en las páginas centrales:

“Prestigioso abogado gana juicio en el caso de homicidio conocido como “El chacal de los Parronales.” Grandes titulares y una plana entera donde se daba a conocer los detalles de aquel suceso, que había estremecido hace algunos meses a la opinión pública.

Estaba iniciando la lectura, en esos momentos, se escuchan algunos gritos y gente que corre hacia un extremo de la plaza. “Rayo” comienza a ladrar inquieto.

¡Llamen a un doctor, una ambulancia!

Eran los llamados de auxilio de la muchedumbre, que comenzaba a reunirse alrededor de una persona en apuros.

Saltó de su asiento, toma su maletín, lo abre con una rapidez inusitada. Guarda el diario que estaba leyendo, Rayo a su lado, sin perderle movimiento. Se desnuda el torso, se lava en la pileta que estaba al centro de la plaza y frente a la mirada atónita de todos los transeúntes, se pone una camiseta y un delantal blanco. Se abre paso entre las personas. En el suelo, yace una joven parturienta, a punto de dar a luz. De su maletín, extrajo algunos elementos que le sirvieron para atender el parto. Varios de los presentes se quitaron los chalecos para envolver a la

criatura que dejó escapar un enérgico llanto que se fundió con los aplausos de la multitud. Cuando deposita al recién nacido sobre el pecho de la madre, muchos alcanzaron a leer la inscripción de su delantal:

Jeremías Basualto Cienfuegos

Médico Cirujano.

Cubrió su nombre con la mano. No sabía si huir, esconderse o agradecer aquellas muestras de júbilo que estaba viviendo en aquel instante. Se acercó a la mujer para abrazarla, pero en ese momento llegan los camilleros que la conducen a la ambulancia.

Se escabulle entre los curiosos. Aún transpiraba. Su camiseta estaba mojada, se la había puesto sin secarse después del chapuzón que se había dado minutos antes para estar limpio, aunque en condiciones mínimas para atender el parto.

Era medio día, sintió frío, el sol comenzaba recién a entibiar. Aunque era temprano, decidió volver a la hospedería. Estaba cerrada, solo tenía acceso al patio, había algunos escaños. se sentó, sacó el diario, terminó de leer lo que había dejado inconcluso.

Las emociones vividas durante día, lo tenían aturdido. Guardó el diario en el maletín después de haber escrito algunas palabras en las hojas centrales y lo fue a dejar en la caseta junto a Rayo. Se sentó nuevamente en el banco. La soledad y el silencio lo envolvieron. Se quedó dormido. A medianoche lo encontró el guardia. Al despertar, sintió su cuerpo pesado, temblaba, tenía fiebre. No había comido en todo el día y el frío había calado sus huesos. Al otro día tuvieron que llevarlo al hospital. Deliraba.

Pasaron cuatro días. Rayo no se movió de su caseta.

-Vamos Rayo... Te llevaré donde está tu amo. Me dejarás que le entregue su maletín. Pronto volverá a tu lado. Te prometo que así lo haré.

Era la voz de "Tres Orejas".

Por fin, Rayo salió de su escondite sin poner resistencia. Con la cola entre las patas, siguió a su incondicional amigo que le acariciaba y le instaba a seguirlo.

Al llegar al hospital, preguntó por Juan Bernales, o por José Soto, en realidad no estaba seguro con que nombre lo habían ingresado.

- Es el vagabundo de la casa de acogida que trajeron hace cuatro días.

-Murió hoy en la mañana. Fue la respuesta que le dieron.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Le había tomado cariño. ¿Qué hacer con el maletín y su perro?

-Volveré a la casa de acogida, se dijo pensando en voz alta. Al llamar a Rayo éste no estaba por ningún lado. Caminó con la esperanza de encontrarlo en el camino, pero no apareció. Cuantas veces quiso apropiarse del maletín, ahora lo tenía en sus manos, pero un temblor recorrió su cuerpo.

-Rayo presintió su muerte, se puso manso y dócil justo hoy en la mañana; volvió a pensar en voz alta, como era su costumbre.

Se encaminó rápidamente a la hospedería, al dar la noticia, todos enmudecieron. Entregó el maletín a los superiores.

Al otro día, al servir el desayuno, se escuchó un toque de campana. Todos guardaron silencio.

-Amigos; ayer nos ha dejado para siempre quien estuvo por muchos años con nosotros y llevaba consigo este preciado tesoro. Era la voz del director de la hospedería, diciendo esto, puso el maletín sobre la mesa.

-No era Juan Bernales, ni José Soto. Su verdadero nombre era Jeremías Basualto Cienfuegos. Prestigioso médico que un día fue acusado de asesinato, estuvo doce años detenido. Un joven estudiante, al realizar su práctica, tomó su caso, comprobó su inocencia. Al salir en libertad, no encuentra a su familia. La casa había sido vendida. Desde ese día, su familia fuimos nosotros. Hay una foto de su hijo con un pequeño perrito en sus brazos. Un cuaderno donde relata los detalles de lo sucedido y diarios de la época. Finalmente, un diario de hace cuatro días, aquí está subrayado el caso policial, resuelto por el prestigioso abogado Roberto Basualto Villanueva, nuestro amigo escribió al final del párrafo las siguientes líneas

“Hijo, siempre tuve la esperanza de volver a encontrarte.”

-Buscaré a ese hijo, dijo una voz, que resonó en el silencio reinante.

Era “Tres Orejas” que se había parado de su asiento, pasándose el dorso de la mano por los ojos.

-Rayo, ya se reunió con su amo...

-Guarden el maletín hasta que yo encuentre a su nuevo dueño.

////////////////////////////////////